

riormente descrito. Las muchas estatuas de reyes que de aquel tiempo hasta nosotros han llegado — como prueba reproducimos aquí la estatua de granito de uno de los muchos Sebakhotepts de la décimatercera dinastía — revelan un dominio mas seguro y en parte mas digno de admiración de la técnica, pero falta en ellas lo individual y característico, la vida real. Lo mismo podemos decir de los dibujos de los sepulcros, por muy excelente que sea en ellos el trabajo de los detalles, como sucede por ejemplo en Benihassan: en ellos sigue dominando la rutina, la copia. Ciertamente que se ha modificado la regla de las proporciones, apareciendo las figuras mas esbeltas que en el Antiguo imperio, pero no por esto se encuentra el artista menos ligado que antes: la frescura de vida que animó los comienzos del arte se ha perdido para siempre, y siempre es el mismo precepto fijo del dios Thot el que indica al artista lo que tiene que hacer. La inscripción funeraria del «director de los canteros y escribientes de los trabajadores en metal,» Mertisen, que ejerció su arte durante la undécima dinastía, nos ofrece un ejemplo palpable de la dignidad con que el artista considera su trabajo. «Conozco los secretos del lenguaje de los dioses — dice — pues yo era un perfecto escultor en mi arte.» Refiere luego su habilidad para hacer figuras esculpidas de toda clase — desgraciadamente las frases detalladas de la inscripción son completamente ininteligibles — y termina diciendo que posee un invento que nadie puede aplicar mas que él y su hijo mayor (1). Como se ve, los antiguos maestros tuvieron y guardaron sus secretos como los artistas modernos.

Restáanos tan solo echar una ojeada sobre el desenvolvimiento religioso de la época que acabamos de estudiar.

CAPITULO IV

DESENVOLVIMIENTO RELIGIOSO. — COMIENZOS DEL MONOTEISMO SOLAR

En la gran masa del pueblo egipcio las ideas religiosas del imperio Medio no se diferencian esencialmente de las que hemos examinado al estudiar la época de las pirámides. El espíritu religioso, sin embargo, ha cundido; se ha hecho mas frecuente la costumbre de poner á las personas nombres tomados de las divinidades — esto no obstante, son profanos los nombres de Usertes y de Antef que con tanta frecuencia encontramos, — el número de sacerdotes parece ser mayor y mayor es tambien el patrimonio de los templos; el culto es mas brillante y los edificios religiosos son mas magníficos. Acerca de estos últimos ya hemos hablado y en cuanto al culto podemos citar el hecho interesante de que el citado funcionario del tesoro, Sehoteptabre, dice hablando de sí mismo «que en las funciones religiosas de la casa de oro (santuario del templo) representó, en el misterio del Osiris de Abydos, al hijo amado» (2).

Para el vulgo de los adoradores la esencia de las divinidades no ha sufrido modificación alguna importante: cada egipcio considera al «dios de su ciudad» como el sér mas poderoso. En las ya citadas fórmulas de las estelas funerarias se excita regularmente á los viandantes á que rueguen al dios de la ciudad por los muertos. Allí donde se adoran varios dioses, se confunden primero en la idea popular y luego en el culto los unos con los otros; así por ejemplo, en Menfis los dioses Sokar y «el de Tanent» se consideran como formas de aparición del dios principal Ptah: ya en tiempo de la sexta dinas-

(1) Lepsius: *Cosas escogidas*, tabla 9; véase Brugsch: *Historia*, página 170.

(2) Mariette: *Abydos*, tomo II, 25, línea 3.

tía el sumo sacerdote del Ptah y de Sokar se denomina «el piadoso ante Ptah Sokar» (3). Además ha sido plenamente reconocido el dogma teológico de que todos los dioses principales son divinidades de luz, y muchos dioses locales son general y aun oficialmente considerados en el culto como formas de aparición de aquellas divinidades. De la misma manera que Tum de Heliópolis se ha confundido, hace mucho tiempo, con Ra, Amon de Tebas — el señor del templo «trono de los dos países» de Apet, es decir, del templo de Karnak — es ahora idéntico á Ra formando el Amon-Ra (4), y de la misma manera Chnum de Elefantina, Min (Amsi) de Koptos, es considerado como una encarnación de Horo que derrota á los enemigos de su padre (5), etc. Por otro lado el perfeccionamiento y la compilación de la historia de los dioses hacen que los dioses, cuando se habla de su destino, sean concebidos de un modo completamente favorable como antiguos soberanos en la tierra que, despues de haber realizado muchas y muy admirables hazañas, subieron al cielo; de la misma manera que los actuales reyes despues de su muerte llegan á ser dioses. Donde por primera vez encontramos consignada esta idea es en el botiquin de la esposa del rey Mentuhotep, en el cual se habla sencillamente del «bienaventurado rey Thoth,» cuyas sabias sentencias estimulan la acción de las medicinas. A pesar de esto no hay que creer que esta historia extraordinariamente clara de los mitos influyera para nada en las creencias religiosas, pues aun cuando algun rey sea citado como uno de los dioses, siempre subsiste entre ellos una gran diferencia. Otra consecuencia de la teología mitológica es que las figuras de la historia de los dioses, en un principio puramente cosmogónicas y mitológicas, aparecen ahora tambien en el culto y son invocadas en las estelas sepulcrales, por ejemplo Qeb «el anciano, el príncipe de los dioses» (6). En los posteriores tiempos, algunas figuras, como la de Isis, llegan á ser las mas populares divinidades de Egipto.

Varios ejemplos nos han demostrado ya que las ideas acerca de la vida despues de la muerte no diferian en nada esencial de las del tiempo de las pirámides. Los magnates procuran asegurar en el otro mundo la continuación de su cómoda existencia terrenal, al paso que en la generalidad del pueblo aparecen en primer término las ideas mas generales de las doctrinas de Osiris. «Vosotros que vivís en la tierra — dicen las exhortaciones de las estelas mortuorias — que deseais vivir y odiáis la muerte, no podeis gustar los frutos de otro país, sino los que serán depositados en vuestras tumbas» (7). Cada uno se asegura la duración eterna de su nombre y con ello la continuación de la existencia por medio de las estelas funerarias, principalmente por las que se construían en Abydos (8): por medio de la fórmula de los muertos se procuran las provisiones suficientes de manjares y bebidas y la participación en los sacrificios que se ofrecen en los altares de los dioses. Y así como en el Antiguo imperio se ora «para emigrar á los hermosos senderos por los cuales circulan los hombres piadosos,» de la misma manera á la sazón se desea entrar en el séquito de Osiris, navegar hácia Abydos en la barca de los dioses y contemplar los misterios de Ra. La dama de

(3) Sokar se unió muy pronto con Osiris formando la divinidad Sokar-Osiris. Lepsius: *Monumentos*, tomo II, pág. 118, donde se le menciona al lado del «Ptah de la muralla del Sur.» Despues resultó de aquí un dios Ptah Sokar Osiris.

(4) Mariette: *Karnak*, 8. *Catal. d'Abydos*, 1,340.

(5) *Catal. d'Abydos*, 813, y en muchas otras partes.

(6) Mariette: *Abydos*, tomo II, 27 a, *Catal.*, 625.

(7) Louvre, C 26.

(8) «Esta estela está hecha por el jefe de gabinete del tesoro, Sessaset, porque deseaba que su nombre durara en la escalera del gran dios.» Louvre, C 5. Se encuentran con frecuencia otras análogas.

la corte, Tani, espera ir á Abydos «en aquel día del cual nadie habla (es decir, el día de la muerte), entrar en el mausoleo, ver los secretos, subir en la barca santa, y navegar por las aguas en el buque de los dioses, descendiendo luego en los verjeles de Ra, en el país de la vida. Entonces recibe flores para adornar sus ojos y su nariz y plantas para su cuerpo. La diosa Tat le da vestidos que ha recibido de Horo el día en que éste se apoderó de la corona (1).»

Si añadimos que, como en el Antiguo reino, el muerto se alaba de su correcta conducta moral («hice lo que gusta á los hombres y es agradable á los dioses,» etc.) (2) y de su amor á la verdad, podremos afirmar que para la masa de los egipcios, durante el imperio Medio, se presenta mas espiritual y elevada la idea de la vida despues de la muerte y aparece mas rechazada la noción crasamente materialista. Sin embargo, todavía no puede prescindirse del medio mágico, del rezo de las fórmulas mágicas de la doctrina de Osiris, hecho por el cherheb, y muchos particulares hacen escribir en sus sepulcros los textos de hechizos que ya conocemos (3).

El pensamiento religioso ha seguido entretanto su camino. De las ideas religiosas que dominan en el Antiguo imperio, se desarrolla ahora la doctrina secreta de la unidad de esencia de todos los dioses, del dios del sol único que domina el mundo, al cual es idéntico el hombre por su modo de ser, y con el cual vuelve á unirse despues de muerto.

El impulso externo que dió movimiento á esta evolución fué el cambio sufrido por la teología que convirtió á casi todos los dioses principales de Egipto en dioses solares y á todas las diosas en divinidades celestes, considerándolas ora como madres, ora como esposas del dios del sol. Por otro lado, la especulación lleva á la creencia ó mejor dicho quizás, dado el modo de pensar de los egipcios, al conocimiento de la omnipotencia del dios del sol: de éste emana toda la vida, ante él no puede haber otro poder; á él le saludan con júbilo los hombres y los dioses cuando nace por la mañana; él se ha hecho en seguida soberano vencedor, y cuando está solo y único radiante de majestad en medio de la bóveda celeste, engendra de la diosa el hijo, que es el dios del sol del día siguiente y que por su esencia no es sino su padre. Las doctrinas cosmogónicas vienen á confirmar esto: cuando Ra salió de las primitivas aguas, del Nunu, cesó el caos: él es el creador del mundo actual: todas las demás divinidades son sus creaciones, sus auxiliares, sus servidores, en una palabra sus formas de aparición y sus nombres. De esta manera el dios supremo fué poco á poco convirtiéndose en el único, en el solo en realidad existente.

Hoy no podemos todavía presentar detalladamente y reproducir en su sucesión cronológica los muchos errores de la especulación, todas las fases por que pasó este desenvolvimiento de ideas (4). En definitiva se viene á parar en que para las mismas doctrinas secretas, Horo y Ra, el hijo y el padre, son una misma cosa y en que el dios se engendra á sí

(1) Mariette: *Catal. d'Abydos*, 655.

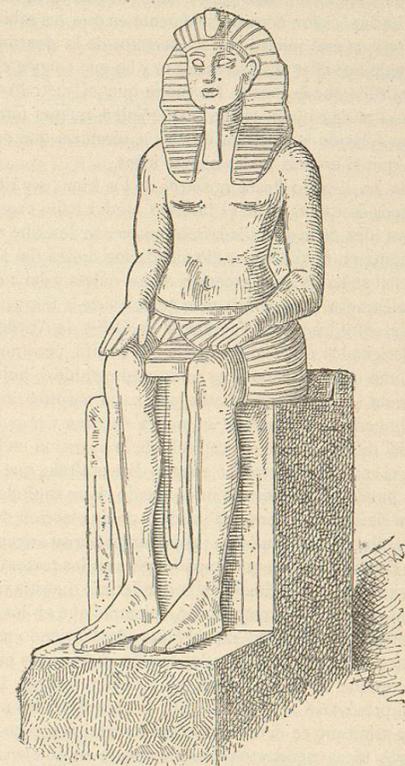
(2) Piehl: *Inscrip.*, tomo I, p. 5 B.

(3) Véanse los sarcófagos tebanos en Lepsius: *Monumentos*, tomo II, 145-148, y las tumbas y sarcófagos descubiertos por Maspero en Tebas y Menfis, en las *Mém. de la mission franç. au Caire*, fasc. 2.

(4) Para el conocimiento histórico del desarrollo de la religión y de la teología egipcias, casi nada se ha hecho todavía: las mas importantes investigaciones previas acerca del origen y perfeccionamiento de las ideas aisladas aun están por hacer. Los dibujos que circulan no están coleccionados con método y, por lo tanto, han ayudado muy poco á aquel conocimiento. En mi *Historia de la Antigüedad* he emprendido la tarea de separar los principales períodos. No he desconocido nunca que en este punto se podía precisar mucho mas, y algo he rectificado ó robustecido en la presente obra, pero no tengo que rectificar ninguno de los rasgos fundamentales allí consignados.

mismo de su propia madre, la diosa celeste, la cual á su vez no es mas que un producto, una creación del dios único y eterno. Esta doctrina no se manifiesta clara y concreta y con todas sus consecuencias hasta principios del Nuevo imperio (5), pero su evolución ha comenzado ya en los oscuros tiempos de fines de la sexta dinastía y durante el imperio Medio están firmemente fijados los pensamientos fundamentales.

El punto de partida de la nueva doctrina es Anu, la ciu-



Estatua de un personaje llamado Sebakhotept (Museo del Louvre).
Segun Perrot y Chipiez.

dad del sol (Heliópolis) y en su consecuencia al dios de ésta, Tum ó Tum'Ra, es á quien se festeja como el «uno,» el «que se crea á sí mismo,» como el «señor del círculo de los dioses» y «formador del mundo.» El egipcio no puede todavía separar sus ideas religiosas del fundamento que ofrece el culto; y aun para los mismos sacerdotes que procuran considerar al dios de su ciudad como el mas elevado y mas poderoso de todo el Egipto, sería cosa inconcebible y además altamente perjudicial renunciar á esta cohesión. Por esto la doctrina secreta va acompañada de reminiscencias de las ceremonias y leyendas del culto heliopolitano.

Por otro lado, el hombre sabio es idéntico á este dios supremo, pues por las fórmulas mágicas del ritual de los muer-

(5) La designación del dios como «esposo de su madre,» el denominar á cada divinidad amada «el gran dios (ó diosa), el señor del cielo y de la tierra, príncipe de todos los dioses,» etc.; los citados himnos monoteístas al sol, no son cosas que encontremos en el imperio Medio; los capítulos del Libro de los Muertos, como los 15 y 79, en que se expresan claramente las ideas del monoteísmo solar, no pueden ser anteriores al Nuevo imperio.

tos se convierte en un dios, en Osiris, y por medio de éste se identifica con Ra y Tum y todos los demás dioses. Como había un motivo poderosísimo para confundir á los dioses unos con otros, la lógica exigía por otro lado que los muertos vinieran á unirse con el dios único y supremo, idea ante la cual no retrocedieron espantados los egipcios. El muerto no solo pasa á ser compañero del dios del sol, con el cual se pasea por el cielo, sino que no es otra cosa mas que el mismo creador del mundo, Tum ó Ra, que cada día ilumina como dios solar el mundo para ir luego al país de la tranquilidad. La suposición consiste solamente en que «es sabio,» es decir, en que está iniciado en los secretos de la doctrina, en que puede formular sus pretensiones y en que conoce el porvenir místico que le espera. De suerte que el método sigue siendo el antiguo y únicamente se añaden nuevas fórmulas mágicas á las de la doctrina de Osiris, fórmulas que contienen la quinta esencia de las nuevas ideas.

Nada ha llegado hasta nosotros de los himnos y rituales teológicos en que durante el imperio Medio halló expresión la nueva idea de la divinidad. Solo una vez se describe minuciosamente en el «libro del círculo de los dioses de Tum,» en el cual se habla de la creación de los dioses y del consejo que celebraron para construirse templos en la tierra. Estos templos, entre los cuales figuraba el de Osiris de Abydos, venían designados detalladamente en el escrito, pero no tales como eran entonces sino tales como, según el ideal, hubieran debido ser (1). En cambio ha llegado hasta nosotros un texto de los muertos que contiene la nueva doctrina y la pone en boca del difunto: tal es el «capítulo de la aparición en (?) el día en el mundo subterráneo,» según dice el título, que todavía no puede ser claramente interpretado. Este capítulo es el germen de donde después ha salido la gran colección del llamado «Libro de los Muertos» (2) y á juzgar por su origen data quizás de fines del Antiguo imperio, pues en los textos de los sarcófagos de la undécima ó de la duodécima dinastía va adicionado con un doble comentario, mientras que en los tiempos posteriores aparecen muchísimas glosas, siendo natural que estos comentaristas introdujeran en el texto sus propias opiniones que modificaron la significación primitiva. Por lo demás, preséntase aquí claramente el génesis de las nuevas ideas y asimismo se demuestra cómo las antiguas pero siempre vivas ideas penetraron continuamente en él, ejerciendo una influencia obstruccionista. La identidad del muerto con el dios Tum ha de ser puesta de manifiesto, pero propiamente el difunto es ya Osiris ó Horo el vengador de su padre, idea que se ha de tener en cuenta en la segunda parte del texto. Después el comentarista la puso también en la primera parte.

Para dar á nuestros lectores una idea de la naturaleza del pensamiento religioso de los egipcios y de su desenvolvimiento, es preciso traducir, á lo menos en parte, este capítulo; pero antes observaremos que nuestros conocimientos actuales no llegan hasta entender este texto en todas sus direcciones gramaticales y sobre todo su verdadero sentido: en muchos detalles, las investigaciones que mas adelante se hagan han de venir á hacer muchas rectificaciones. En cuanto á comentarios, solo reproducimos los mas antiguos, añadiendo algunas noticias sobre los posteriores (3).

(1) Mariette: *Abydos*, tomo II, pág. 28.

(2) Nuestro texto forma el capítulo 17 de esta colección posterior.

(3) Utilizamos, además de los textos publicados por Lepsius (los textos mas antiguos del Libro de los Muertos), las observaciones de Lieblein acerca del sarcófago de Atau (Monumentos de San Petersburgo) y sobre todo los textos de Menfis, que reproducen la forma mas antigua del capítulo, publicados por Maspero en las *Mém. de la mission française au Caire*, fasc. 2, pág. 318.

Dice el muerto:

«Soy Tum, pues soy uno (ó «el uno»). Soy Ra en su primer esplendor (4). Soy el gran dios que se crea á sí mismo, que forma su nombre (es decir, su esencia) «señor del círculo de los dioses,» á quien nadie resiste (detiene) entre los dioses. Yo [era] ayer, conozco el día de mañana (I). Establóse una lucha (5) de los dioses cuando yo hablé. Conozco el nombre del gran dios que está allí mismo (II). Pues yo soy el gran fénix (Benu) de Anu (Heliópolis) que examina (?) lo que es (III). Yo soy Amsi (Minu) en su aparición [como dios del sol], sus dos plumas están en mi cabeza (IV). Yo soy de (?) mi país, yo vengo de (?) (6) mi ciudad (V), yo destruyo el mal, aparto á un lado lo malo, alejo de mí la suciedad, me lavo en los dos grandes estanques de Heracleópolis, en los cuales los hombres lavan las víctimas que ofrecen al gran dios, que está allí mismo (VI). Camino por el sendero, sabiendo que mi cabeza está en el país de la justicia (VII). Llego [en canoa] al país del habitante del horizonte en el cielo, penetro por la magnífica puerta (VIII). ¡Oh vosotros, compañeros, dadme vuestras manos, pues yo soy uno de vosotros (IX)!»

Antiguo comentario. (I) Este es Osiris. [Se ve, pues, cómo aparece la necesidad de introducir á Osiris: siendo éste principalmente el dios del sol de ayer que ha muerto, se comprende el motivo de esto. En un principio se cree que el dios del sol Tum Ra es eterno y domina el pasado y el futuro]. (II) Su nombre es «premio de Ra.» (III) ¿Qué es esto? Es Osiris que examina lo que existe y es siempre eterno. — Segundo comentario: el día es siempre, la noche es eterna. [El párrafo es sumamente confuso. Benu es la garza sagrada de Tum y quizás es igual al fénix griego. El comentario ha procurado buscar también aquí relaciones con Osiris]. (IV) Es Horo el vengador de su padre. Sus dos plumas son las dos serpientes de Ureo en la frente de mi padre Tum (7). (V) ¿Qué es esto? Es el horizonte de mi padre Tum. (VI) ¿Quién es éste? Es el mismo Ra. (VII) ¿Qué es esto? [Es] el camino por donde anda mi padre Tum cuando llega al verjel Aru. (VIII) ¿Qué es esto?... la gran puerta por donde mi padre Tum llega al horizonte oriental del cielo. [Los anteriores capítulos se refieren á los paseos nocturnos del muerto, es decir del sol, por el mundo subterráneo, después de haberse hundido en la gran agua, hecho lo cual recorre el «país de la justicia.» Por este camino llega al cielo oriental para iluminar de nuevo, á la mañana siguiente, al mundo.] (IX) ¿Qué es esto? Estos compañeros son la prudencia y la sabiduría que cada día están junto al padre Tum.

Por oscuro que intencionadamente haya sido redactado este texto y por mas que muchas frases sean todavía indescifrables, el núcleo del curso de las ideas se nos presenta claro. El muerto recorre la misma carrera que el sol diariamente; lo que pasa á éste sucede también á aquel: «Si él está sano, yo estoy sano,» y viceversa: el muerto es idéntico al dios y es ad-

(4) El comentario que se hizo después dice con razón que esto se refiere á los comienzos de la soberanía de Ra, cuando el dios del sol brillaba todavía solo en el agua primitiva Numu. Mas adelante se explica que Ra formó con sus miembros á los dioses de su séquito.

(5) O «se hizo un lugar de lucha» que luego es indicado como país del Oeste. En los textos de Maspero, la palabra respectiva está determinada por un buque: se luchó, en efecto, en el agua del cielo.

(6) Según lo que se consigna en el sarcófago de Sebak'a y los pasajes que reproduce Piehl en sus *Inscrip.*, tomo I, p. 5 B, no se debe traducir por «en» el párrafo «vine de mi ciudad, llegué á la necrópolis.» El texto quiere decir que el muerto, después de haber abandonado su ciudad y su patria, se purifica de todo lo malo y puede llegar á ser divinidad. El comentario, por el contrario, refiere el párrafo á la aparición del dios-sol en el horizonte.

(7) Los posteriores comentarios atribuyen á Isis y á Nephthys estas plumas que forman parte de los atributos de Amsi.

mitido entre los compañeros de éste. Al texto citado sigue un capítulo en el cual el muerto se identifica con Thot: «Yo rellené el ojo de Horo cuando se hizo pequeño en el día de la lucha de los hermanos gemelos (Set y Horo); yo enderecé (de nuevo) sus pestañas el día del terror (del eclipse).» Llega á ser compañero de Horo y se identifica con muchas otras figuras mitológicas. Aquí termina la forma mas antigua de nuestro texto: la que vino inmediatamente después, que probablemente data de la undécima dinastía, tiene el siguiente apéndice: «¡Oh Ra en tu huevo, tú que brillas en tu corteza, te diriges á tu horizonte, cruzas por tu firmamento, que eres el que no tiene igual (literalmente: ningun segundo) entre los dioses, el que camina por los apoyos de Schu, el que da aliento con la llama de su boca, el que ilumina á los dos países en su salida, protégeme ante todos los dioses con prácticas misteriosas!» Este tema es ampliado en los textos de la duodécima dinastía: el dios temible que lleva á los enemigos de Ra y á los malos atados al matadero, donde los degüella, es objeto de una descripción detallada: viene luego una serie de demonios, serpientes y otros espantajos de formas las mas de las veces absurdas, que amenazan al muerto, en sus misteriosos paseos, con la destrucción y con los tormentos, y contra cada uno de los cuales necesita la fórmula protectora. Es preciso precaver toda contingencia, para que ningun sér conocido ó desconocido pueda oponer obstáculos á la feliz carrera del muerto; así es que la imaginación se desborda en descripciones crasísimas, pues en este terreno ningun freno la sujeta. Parece como si el alto vuelo que la especulación ha tomado quisiera justificarse por un retroceso, tanto mas funesto, hácia la magia.

Las ideas religiosas que han engendrado el texto de los muertos de que acabamos de hablar, no son todavía mono-teístas, pero demuestran que ha comenzado la evolución en este sentido. El politeísmo del Antiguo imperio, que tan desarrollado se nos presentaba, empieza á palidecer: el dios de Heliópolis se ha sobrepuesto á todos los demás dioses, de tal manera que puede personificarlos á todos y que estas otras divinidades no tienen, puestas enfrente de él, importancia teórica alguna.

Apenas necesitamos insistir en que la nueva doctrina es un misterio destinado solo á los sabios y únicamente comprensible para los iniciados en sus ideas y en su aplicación útil: así se desprende claramente de todos los textos. Su desenvolvimiento ha comenzado en los círculos del sacerdocio heliopolitano, pudiendo la doctrina propagarse rápidamente por la consideración de que este sacerdocio gozaba. En Menfis y en Tebas se empleaban sus saludables fórmulas mágicas en el servicio funerario y se las consignaba en las paredes de las tumbas ó en los sarcófagos. Sin embargo, como lo que es justo para uno es equitativo para otro, no era de esperar que los sacerdotes de los demás centros religiosos de Egipto reconocieran desde luego la preeminencia del dios de Anu. Muy al contrario: lo que acerca de Tum se enseñaba, aplicábanlo ellos al dios de su templo, se llamara Chnumu ó Harschaf, Sebak ó Amon, Minu ó Schu. El mismo Thoth de Hermópolis fué por sus sacerdotes ensalzado como dios supremo, y lo propio sucedió con Ptah-Sokar de Menfis y con las grandes diosas como Hathor de Dendera. Como la mayor parte de estas divinidades habían llegado á ser seres lumínicos, fué tanto mas fácil tratarlas por el mismo método. Únicamente Osiris y Horo no necesitaron de mas transformaciones, pues que eran generalmente reconocidos. De modo que en la práctica, lo mismo que antes, existió gran competencia entre todos los dioses; en cambio, en la esfera teórica fué poco á poco perfeccionándose la idea de un dios solar solo y único, de quien eran simples formas de aparición ó meros nombres las divi-

nidades locales, idea que era ya generalmente aceptada en los comienzos del Nuevo imperio. Y como entonces Tebas se encontraba al frente del Estado de un modo muy distinto que durante el imperio Medio, la herencia de este desenvolvimiento fué prácticamente á parar en primera línea al dios de la ciudad de Tebas, Amon-Ra.

Esta competencia entre los dioses se encuentra también en el culto de los muertos, pues se comenzaron á redactar, tomando por modelo el texto citado, varias fórmulas que identificaban al difunto con cualquier dios querido y lo ponían bajo su protección. Los dioses de Menfis y Tebas fueron los únicos que ningun influjo ejercieron en esta tendencia. La mayor parte de estos textos data del tiempo de la duodécima dinastía. Pero al lado de estas nuevas ideas pululaban todavía las antiguas, que menos que en ningun otro terreno suelen morir en el terreno religioso: en Egipto las vemos siempre correr libremente paralelas con las nuevas series de desenvolvimientos. Así es que del imperio Medio proceden muchos textos después admitidos en el Libro de los Muertos que se amoldan á las ideas de las doctrinas de Osiris tales como anteriormente han sido expuestas. Asimismo se ha conservado en todos tiempos y ha sido reproducido en muchas tumbas y sarcófagos el antiguo ritual con sus fórmulas mágicas; además siempre se ha tenido en consideración el cuidadoso embalsamamiento y conservación de los cadáveres, á pesar de que estas prácticas nada significan ya desde el punto de vista de las nuevas ideas. Las antiguas teorías respecto de la otra vida no han sido tampoco abandonadas, como hemos tenido ocasión de ver. Para el vulgo, los nuevos textos no son mas que un nuevo medio de asegurarse la eterna bienaventuranza, y junto á la identificación con la divinidad subsiste el verjel Aaru con sus campos y jardines. Las nuevas fórmulas mágicas que transmiten á los difuntos todo el poder de los supremos dioses permiten dar al porvenir las formas mas variadas, pudiendo gracias á ellas el difunto transformarse en el sér que se le antoje, dios, hombre ó animal, «tomar la forma que quiera,» volver de nuevo á la tierra, unirse otra vez con su cuerpo y llevar la existencia que su corazón ambicione. Los textos de los libros de los muertos que se redactaron en tiempos posteriores nos describen esto hasta en sus mas pequeños pormenores. Raras veces, sin embargo, acontece que estos fantasmas queden excluidos y que aparezca completamente la base de la aplicación útil: en este terreno no se puede exigir lógica.

En el imperio Medio se han encontrado otros medios para llegar á este fin, tales como amuletos de diferentes clases, descritos unos, no descritos otros, con que se adorna á los muertos ó que por lo menos se encierran en la tumba con ellos. En la misma época encontramos la costumbre de encerrar en los sepulcros á los muertos proveyéndolos de muñecos de madera ó de arcilla, en forma de momias, y de azadas y cestas, objetos todos comprendidos en el nombre genérico de *Uschebti's*, y que vienen descritos con fórmulas mágicas, debiendo servir para cultivar el campo del difunto para que éste no tenga que atormentarse en el paraíso. Esta costumbre se ha hecho general en el Nuevo imperio: la gente rica se provee de una porción de estos auxiliares, que vienen en cierto modo á sustituir á las representaciones plásticas de los labradores que vemos en los mastabas y en las tumbas de los nomarcas.

Ya sabemos ahora que las nuevas ideas religiosas que comienzan á desarrollarse no significan exclusivamente un progreso moral, sino que también han servido, por lo menos en igual medida, á la propagación de la hechicería y de las supersticiones y al estancamiento intelectual de la sociedad egipcia.